

# Otro mundo es posible

Luis Enrique OTERO CARVAJAL

Universidad Complutense de Madrid

## RESUMEN

El artículo trata de los cambios sucedidos tras la caída del muro de Berlín en 1989. El fin de la confrontación entre bloques con la desaparición de la Unión Soviética puso fin al orden mundial surgido tras la segunda guerra mundial. En ese mismo periodo, la revolución de las telecomunicaciones y los avances de la biotecnología anunciaban el nacimiento de una nueva sociedad, la sociedad de la información. Un nuevo término hizo fortuna, la globalización. Con la llegada del nuevo siglo las nuevas realidades emergentes mostraron los nuevos riesgos de la sociedad global. Los atentados del 11 de septiembre de 2001 alteraron la agenda mundial. En ese contexto conflictivo emergió con fuerza el mal llamado movimiento antiglobalización. Frente a Davos emergió con creciente fuerza Porto Alegre.

## ABSTRACT

The article deals with the changes that happened after the fall of the Berlin Wall in 1989. The end of the confrontation between blocs with the disappearance of the Soviet Union put an end to the post-WWII world order. In that same period, the revolution of telecommunications and advances in biotechnology announced the birth of a new society: the informational society. A new term arose: globalization. With the arrival of the new century, the new emergent realities exposed the new risks of a global society. The attacks of September 11, 2001, altered the world agenda. In this conflicting context, the poorly named antiglobalization movement emerged with strength. In front of Davos, Porto Alegre emerged with growing force.

**SUMARIO** Esperanzador fin de siglo. Un mundo complejo. La globalización. Un cambio de siglo cargado de ambigüedad. Nuevos movimientos para una nueva sociedad. Una forma de pensar y actuar. Una nueva forma de entender la solidaridad internacional. El desazonante comienzo de siglo. El movimiento antiglobalización. Las consecuencias de la guerra de Irak. Bibliografía.

## PALABRAS CLAVE

Sociedad de la Información, Globalización, Nueva economía, Foro Social Mundial, Foro Económico Mundial, Otro mundo es posible, Economía global, Antiglobalización, Movimiento antiglobalización, Protocolo de Kioto.

## KEY WORDS

Informational Society, Globalization, New Economy, World Social Forum, World Economic Forum, Another World Is Possible, global economy, Antiglobalization, Antiglobalization Movement, Kyoto Protocol.

La caída del muro de Berlín simbolizó el fin del sistema internacional surgido tras el fin de la segunda guerra mundial. La desaparición de la Unión Soviética en 1991 no hizo sino confirmarlo. Estados Unidos emergió de la guerra fría como la única superpotencia a escala planetaria. La relevancia de estos acontecimientos llevaron al historiador británico E.J. Hobsbawm a situar el fin del siglo XX en 1989. Las transformaciones acaecidas entre 1989 y el año 2003 permiten hablar con propiedad del nacimiento de una nueva era, que el sociólogo español Manuel Castells ha caracterizado como la era de la sociedad informacional. Una sociedad caracterizada por el ascenso de las nuevas tecnologías vinculadas a la revolución de las telecomunicaciones, donde internet se convirtió en el paradigma de los cambios acelerados que transformaron en sólo un decenio los sistemas de comunicación y la economía e indujeron, o incrementaron, el ritmo de las profundas transformaciones que estaban desarrollándose en la sociedad, la cultura y la política. Un término hizo fortuna para caracterizar la nueva situación: la globalización.

### **Esperanzador fin de siglo**

Los años noventa pueden ser caracterizados en el escenario internacional como una época de transición desde el sistema internacional bipolar, articulado en torno a la pugna de dos grandes superpotencias, los Estados Unidos y la Unión Soviética, y un nuevo escenario protagonizado por la hegemonía estadounidense, en el que, sin embargo, persistían importantes incertidumbres sobre la estabilización de un nuevo sistema internacional, capaz de generar una larga etapa de estabilidad planetaria. Las razones de dichas incertidumbres respondían a distintas y, en ocasiones, contradictorias razones. En primer lugar, las propias dudas del gigante americano respecto de su nuevo papel como única superpotencia mundial. Si bien el decenio comenzó con una clara visibilidad del poderío incontestable de la maquinaria de guerra norteamericana, exhibida planetariamente a través de las imágenes de la CNN, durante la guerra del Golfo Pérsico en 1991, acontecimientos posteriores introdujeron dudas sobre la firmeza de los Estados Unidos a la hora de ejercer su incontestable liderazgo planetario.

Tras la desaparición del enemigo soviético y la caída en barrena de Rusia durante la presidencia de Yeltsin, los intereses estratégicos norteamericanos se difuminaron, extensas áreas del planeta perdieron interés, especialmente en el continente africano, que se deslizó por una pendiente sin fin en la se dieron la mano los estragos causados por el sida, las catástrofes naturales y los conflictos militares y guerras civiles protagonizados por los sátrapas que heredaron los Estados Africanos tras la descolonización y el fracaso de las políticas de desarrollo, tanto en su vertiente occidental como socialista, tras la crisis de los años setenta. La excepciones fueron escasas, sobresaliendo el fin

del apartheid en Sudáfrica, merced al liderazgo de Nelson Mandela y, en menor medida, Oriente Próximo, tras los acuerdos de Paz de Oslo de 1992 y la Cumbre de Madrid de 1993, al poner en marcha un largo, difícil y problemático proceso de paz entre israelíes, palestinos y los países árabes, que condujo al establecimiento de la Autoridad Nacional Palestina dirigida por Arafat en Gaza y Cisjordania, germen del Estado Palestino. Proceso de paz que descarriló en el otoño de 2000, tras el fracaso de las negociaciones de Camp David, dando lugar al estallido de la segunda Intifada y al ascenso al frente del Gobierno israelí de Ariel Sharon, el *carnicero de Sabra y Chatila*. La crisis de Argelia, marcada por el ascenso del fundamentalismo islámico y la dictadura del aparato político-militar heredero del FLN, el genocidio de Ruanda en 1994, la posterior crisis en la región de los Grandes Lagos, las interminables guerras de Sudán y entre Eritrea y Etiopía, agravadas por los efectos de las bíblicas hambrunas que diezmaron su población, la guerra civil de Sierra Leona, etc., se sucedieron ante la pasividad de la comunidad internacional o, en el mejor de los casos, ante su tardía e insuficiente respuesta, debido a la conmoción de las opiniones públicas de los *países opulentos* merced a la acción combinada de las atroces imágenes retransmitidas por las cadenas de televisión y la cada vez más influyente acción de las Organizaciones no Gubernamentales, ONGs, que emergieron en ese decenio como uno de los más potentes actores sociales a escala internacional.

En Asia los acontecimientos también se desenvolvían por sendas contradictorias. De una parte, el fin de la dictadura de los Marcos en Filipinas y la caída de Suharto en Indonesia parecían alentar la democratización de dos de los grandes países asiáticos, la celebración del referéndum, auspiciado por la ONU, en Timor Oriental, con el triunfo de las tesis independentistas y la posterior intervención de Naciones Unidas para garantizar el cumplimiento de su resultado en 1999, la progresiva normalización de Camboya, tras el fin de la ocupación vietnamita y la eliminación de los Jemerres Rojos, del genocida régimen de Pol Pot, y el desarrollo económico, que no político, de China fueron sucesos que empujaban en la dirección de un planeta más estable políticamente. Sin embargo, la permanente tensión entre India y Pakistán se vio agudizada por la carrera nuclear emprendida, la tensión se elevó por la disputa de Chachemira y la exhibición de su creciente potencial nuclear en 1999, constituyendo un foco de inestabilidad regional con crecientes implicaciones planetarias, consecuencia de la dimensión nuclear de ambas naciones.

Finalmente, en América Latina la democratización registró importantes avances, en los años ochenta las dictaduras militares de Brasil, Argentina, Chile y Paraguay sucumbieron y en los noventa la permanente guerra civil en Centroamérica cedió el paso a procesos de paz, que terminaron con las dictaduras y las luchas guerrilleras. La elección de Vicente Fox en México, tras la presidencia de Ernesto Zedillo, puso fin al dominio ininterrumpido del PRI. A pesar de ello el populismo autoritario no desapareció

completamente de Latinoamérica, Fujimori en Perú era su expresión más acabada hasta su derrocamiento, en Venezuela la llegada a la presidencia de Hugo Chavez con su populismo cargado de ambigüedad, el caos institucionalizado de Haití, la guerra civil de Colombia, atravesada por el fenómeno del narcotráfico, o la pervivencia de la dictadura de Castro en Cuba hablaban de la persistencia de importantes problemas de articulación social, desarrollo económico equilibrado y mantenimiento de las desigualdades sociales para garantizar un horizonte estable en términos económicos, políticos y sociales, basado en un crecimiento económico equilibrado y socialmente justo y un sistema democrático capaz de dar respuesta a las demandas de los diferentes sectores de la sociedad, incluidos los pueblos indígenas. El caos económico, financiero y social de Argentina que llevó a la dimisión del presidente de la Rúa y a la sucesión de una serie de efímeros presidentes hasta el nombramiento de Eduardo Duhalde sumergieron al país del río de la Plata en una profundísima crisis económica, social y política cuyo horizonte se presenta preñado de incertidumbres por el descrédito de su sistema político, el pase a la segunda vuelta de las presidenciales de los peronistas Carlos Menem y Néstor Kirchner no hizo sino confirmarlo, la retirada de Menem trató de proyectar la inestabilidad política a la nueva presidencia. El triunfo electoral de *Lula* en las presidenciales de Brasil de noviembre de 2002 fue el contrapunto esperanzador a las crisis de Colombia, Argentina y Venezuela.

La descomposición de la URSS dio lugar a la formación de nuevos Estados independientes. Rusia sumida en una galopante crisis durante la presidencia de Yeltsin, en la que la transición hacia el capitalismo se realizó en un contexto de corrupción generalizada de la que se beneficiaron un reducido grupo de oligarcas, que levantaron gigantescas fortunas al amparo de su influencia en el entorno familiar de Yeltsin, y la extorsión de las prácticas mafiosas redujo su influencia internacional. Sumida en una crisis de dimensiones colosales, que llevaron al empobrecimiento de su población, las tendencias segregacionistas se dispararon, con especial virulencia en la región del Cáucaso, en la que destacó la guerra de Chechenia, convertida en un polvorín de importantes efectos desestabilizadores a escala regional, en el que se combinaban los distintos intereses en pugna por la explotación y control de los ingentes recursos petrolíferos de la zona, el conflicto religioso y étnico del abigarrado mosaico de pueblos de la región, la ausencia de unas claras fronteras aceptadas entre las distintas entidades territoriales surgidas de la disolución de la antigua Unión Soviética y la carencia de unas estructuras y prácticas democráticas que permitieran su estabilización política y la creación de un marco de diálogo para la resolución de los conflictos internos y externos.

En Europa la descomposición del bloque soviético coincidió con la aceleración del proceso de integración europea. En 1992 se aprobó el Tratado de Maastricht por el que nació la Unión Europea, reforzada posteriormente con el Tratado de Amsterdam y cuyo resultado más inmediato fue el nacimiento de la Unión Económica y Monetaria que

desembocó en la creación de la moneda única, el euro, el 1 de enero de 1999. La Unión Europea se vio sacudida por la desaparición del bloque soviético, los países del Este de Europa vieron en su incorporación a la UE y a la OTAN la vía para asegurar el desarrollo económico, la seguridad para su recién adquirida independencia, respecto de la antigua Unión Soviética y de la nueva Rusia, y una garantía para afirmar sus nacientes democracias. La ampliación hacia el Este de Europa de la OTAN se realizó con rapidez, no así la incorporación a la Unión Europea, aunque se abrieron negociaciones para su futura incorporación, con un primer horizonte fijado en el año 2004, tras la aprobación de la incorporación de 10 nuevos Estados en la cumbre de Atenas en abril de 2003. Los países de la Europa oriental tuvieron que hacer frente a la reconversión de sus economías del fenecido sistema planificado hacia la economía de mercado, a la vez que impulsaban políticas económicas de adecuación a la normativa de la UE. Ésta última se encontraba en la tesitura de modificar sustancialmente su estructura y normas de funcionamiento, para hacer operativa una Unión Europea de 15 a 25 Estados miembros, reforma que chocaba con el status quo que gozaban sus miembros e imponía la necesidad de reconsiderar sus mecanismos de funcionamiento, sobre todo en cuanto a la composición y atribuciones de la Comisión Europea, la unanimidad de la toma de decisiones a favor del principio mayoritario y la ponderación del peso y el voto de los distintos Estados. Si bien en los años noventa el proceso de integración económica avanzó a pasos agigantados, encontrando su expresión más acabada en la creación del euro, no ocurrió lo mismo en los planos político y de seguridad, como pusieron dramáticamente de manifiesto los conflictos de Bosnia y Kosovo. La constitución de la Convención Europea, bajo la presidencia de Valery Giscard d'Estaing, con el mandato de elaborar un proyecto de Constitución Europea que debía estar terminado en 2003, antes de la entrada de los nuevos 10 Estados miembros de la UE prevista para 2004, apuntaba en la dirección de profundizar en el proceso de unión política de la UE, las divisiones sobre el conflicto de Irak sin embargo apuntaban en dirección contraria.

La crisis de la antigua Yugoslavia puso de manifiesto el potencial desestabilizador de la desaparición del conflicto de bloques en Europa. La nomenklatura postitista ante el naufragio del modelo de socialismo yugoslavo de Tito se embarcó, para mantenerse en el poder, en una desenfrenada carrera nacionalista, encabezada por Milosevic y Tudjman, antiguos dirigentes de la nomenklatura yugoslava. Bosnia se convirtió en una terrible demostración de los efectos que un nacionalismo excluyente podía tener en el mosaico de pueblos que componen el continente europeo. La limpieza étnica impulsada por Milosevic y Tudjman arrastró a serbios y croatas a una orgía de sangre y odio que trajo a la memoria de los europeos las imágenes, que creían definitivamente superadas, del nacionalsocialismo. Europa y la comunidad internacional se mostraron incapaces de frenar el genocidio en Bosnia, sólo cuando las tropas de la ONU mostraron su pasividad e incapacidad para frenar el genocidio en Tuzla, Srebrenica y Gorazde en 1995,

ante la creciente indignación de la opinión pública europea y norteamericana, la comunidad internacional liderada por EE.UU. reaccionó, mediante una intervención militar que puso fin a la barbarie en Bosnia. Los acuerdos de Dayton pusieron fin a la guerra de Bosnia, pero fueron incapaces de acabar con el régimen de Milosevic en Serbia. Años después, en 1998, Milosevic incrementó su política de limpieza étnica en Kosovo, ante la posibilidad de una nueva Bosnia, la OTAN intervino en Kosovo en 1999. Bosnia y Kosovo pusieron en evidencia la debilidad política y militar de la Unión Europea y su dependencia respecto de Estados Unidos a la hora de enfrentarse a un conflicto político-militar en el corazón de Europa. La intervención en Kosovo precipitó el fin del régimen genocida de Milosevic, que terminó siendo entregado al Tribunal Penal Internacional, creado por la ONU en La Haya para juzgar los crímenes contra la humanidad cometidos en la antigua Yugoslavia.

## **Un mundo complejo**

Desaparecido el enemigo secular algunos analistas, llevados de su visión occidental-centrista de la historia de la humanidad, reactualizaron algunas viejas tesis referidas al fin de la historia. El triunfo de los Estados Unidos en la guerra fría debía suponer el triunfo indiscutible e indisputado de su modelo económico, social, político y cultural. La economía de mercado y la sociedad liberal, sin enemigos capaces de articular modelos alternativos globales, impondría su dominio planetario, provocando una progresiva uniformización bajo el liderazgo de los Estados Unidos. Sin embargo, los acontecimientos desarrollados desde 1989 demostraron una mayor complejidad de lo apuntado por tan reduccionistas análisis. El fracaso, en el decenio de los setenta, de las expectativas creadas en los países del llamado Tercer Mundo, tanto en su vertiente liberal como socialista, para ingresar en el club de los países desarrollados alimentó movimientos de resistencia a los procesos de uniformización y aculturación de unas sociedades cuyas formas civilizatorias estaban siendo desarticuladas por los embates de los modelos importados desde Occidente.

Desengañados por los pobres resultados cosechados, sectores amplios de las jóvenes generaciones de las elites de estos países, formadas ya tras la culminación de los procesos de descolonización, volvieron sus ojos hacia los valores de sus civilizaciones de origen, dando lugar a movimientos socio-políticos que rechazaban las vías propuestas por los dos modelos surgidos de Occidente, tanto el liberal como el socialista. Su expresión más acabada y radicalizada se encontró en los denominados fundamentalismos, particularmente el fundamentalismo islámico que han cuestionado tanto el modelo liberal, ejemplificado por la revolución iraní encabezada por Jomeini, como el socialista, representado por los casos de Afganistán y Argelia. La denominación de

fundamentalismo islámico tiene un marcado carácter peyorativo, con el que desde Occidente se amalgamaban movimientos tan dispares y distintos como la revolución iraní o el régimen de los talibanes afganos, por no mencionar el terrorismo de Al Qaeda. También surgieron respuestas resistencialistas frente a la denominada globalización, con escasos resultados prácticos pero considerable proyección pública como los zapatistas en el Estado mexicano de Chiapas o el boicot de la Cumbre de la Organización Mundial del Comercio (OMC) de Seattle (EE.UU.) en noviembre de 1999, que aglutinó a una amplia y heterogénea coalición de ONGs, movimientos sociales y sindicales en contra de los efectos perversos de la globalización. Sin embargo, ambos eran el embrión de un movimiento que cobraría una fuerte pujanza en los siguientes años, el mal llamado movimiento antiglobalización.

Estas respuestas de reafirmación civilizatoria frente a Occidente han llevado a algunos analistas a hablar de choque de civilizaciones a la hora de dibujar los escenarios del conflicto en el siglo XXI, en una visión marcadamente defensiva que trataba de salvaguardar la primacía alcanzada por la civilización occidental en los dos últimos siglos a escala planetaria. En cualquier caso, al finalizar el siglo XX, frente a la etapa anterior protagonizada por el enfrentamiento entre bloques, y la consecuente amenaza de un posible holocausto nuclear, la humanidad se enfrentaba a un mundo más seguro pero más inestable, fruto del alejamiento en el horizonte de una guerra nuclear generalizada, lo cual no significó la desaparición de la amenaza nuclear, dada la proliferación de la tecnología militar nuclear en manos de terceros países. Por otra parte, en la segunda mitad del siglo XX surgieron nuevas amenazas vinculadas a la acción y presión de la humanidad sobre el ecosistema planetario, en una escala sin precedentes en la historia de la especie que permiten hablar con propiedad de la existencia de una crisis ecológica.

## La globalización

Los cambios sucedidos en la economía mundial en el último tercio del siglo XX modificaron sustancialmente los parámetros de funcionamiento y regulación de los sistemas económicos surgidos tras el fin de la segunda guerra mundial. Contemplados desde una perspectiva global, más allá de los avatares del ciclo económico, se puede afirmar que dichas transformaciones marcan el nacimiento de una nueva era, que Manuel Castells ha caracterizado como la sociedad de la información. Los nuevos sectores productivos vinculados a la microelectrónica, la informática, la robótica, la biotecnología y la genética con la consecuente creación de nuevos productos y mercados generaron un nuevo espacio productivo a escala mundial con evidentes repercusiones en las economías nacionales. Es lo que en la segunda mitad de los noventa fue llamado *nueva economía* para caracterizar el protagonismo de la revolución de las telecomunicaciones, con internet

como abanderado, y la biotecnología, con la oveja Dolly como símbolo, en el crecimiento económico de los noventa, liderado por la economía estadounidense.

Los efectos combinados de la microelectrónica y la informática revolucionaron el mundo de las comunicaciones. Las nuevas tecnológicas de la comunicación, a través de las redes integradas de ordenadores, fibra óptica y satélites, favorecieron la expansión de los mercados, en especial de los financieros y bursátiles, hasta desembocar en un mercado global en tiempo real por el que transitan cientos de miles de millones de dólares a velocidades de vértigo. La globalización de la economía mundial es uno de los acontecimientos más relevantes del último tercio del siglo XX. Las multinacionales se han transnacionalizado operando en el mercado global, tanto en sus estrategias empresariales, financieras, productivas y de marketing como en la composición de su capital accionarial. Merced a la revolución de las comunicaciones numerosas empresas han transnacionalizado su producción, generando un espacio productivo global en el que el proceso de producción se integra a escala planetaria, de tal manera que investigación, desarrollo, administración, gestión, producción, marketing, distribución y comercialización se integran en tiempo real –instantáneamente– mediante las redes de comunicación aunque sus centros se encuentren fragmentados espacialmente, separados por distancias de miles de kilómetros.

El paso de una economía-mundo articulada sobre la base de los intercambios realizados por las economías nacionales a una economía-mundo globalizada, en la que los mercados globales marcan las pautas, ha reducido los márgenes de actuación de los espacios nacionales, tanto en el plano del diseño de las políticas económicas –con la reducción drástica de los márgenes de discrecionalidad de la acción de los gobiernos– como en la acción y estrategias de los agentes económicos y sociales. Ni siquiera la Unión Europea ha podido elaborar sus estrategias económicas al margen de las expectativas de los mercados globales. Otro ejemplo significativo de la transnacionalización de la economía fue la reducción de la capacidad de acción e influencia de los sindicatos, cuyas estrategias habían sido desarrolladas en el marco de las economías nacionales, desbordados por las dimensiones planetarias de los procesos de reorganización productiva y las estrategias globales de las empresas transnacionales, cuyas decisiones influyen en las condiciones del mercado laboral –niveles de empleo, modalidades de contratación, evolución de salarios...– pero también en el amplio entramado de empresas –grandes, medianas y pequeñas– a ellas subordinado.

Otro tanto ha ocurrido con los medios de comunicación de masas y la circulación de la información. Las comunicaciones por satélite, la tecnología digital y las redes informáticas y por cable han creado un mercado global de comunicaciones en el que operan grandes conglomerados empresariales multimedia, con un claro liderazgo estadounidense. La revolución de las telecomunicaciones del último tercio del siglo XX no tiene sólo una dimensión tecnológica sino también empresarial. Los satélites, la fibra óptica



y la tecnología digital han propiciado la formación de grandes gigantes de la comunicación, sectores antes segregados ahora se unifican, mediante compras, absorciones, intercambios accionariales... en los que se funden empresas de telecomunicación, cadenas audiovisuales y estudios y productoras cinematográficas, de televisión y musicales. Uno de los ejemplos más paradigmáticos de la nueva revolución de las telecomunicaciones es Internet, una red global que abre un universo de nuevas dimensiones culturales, sociales, económicas y políticas de un futuro inmediato que ya es realidad. El protagonismo de Internet en la economía de la sociedad informacional quedó marcado por la imparable subida de los valores bursátiles de las empresas vinculadas a Internet, que llevaron en febrero de 2000 a la absorción por American on Line, AOL, una empresa de servicios de Internet, del gigante de la comunicación mundial Time-Warner-CNN-EMI. A principios del 2000 destacaban dentro de las mayores empresas por capitalización bursátil a escala mundial las compañías vinculadas a las nuevas tecnologías de la información. La crisis bursátil de las empresas *puntocom* y su incidencia en la caída de las bolsas mundiales entre el año 2000 y el año 2003 representa una confirmación de la importancia de la llamada *nueva economía* en el sistema económico globalizado de la sociedad informacional.

Los efectos combinados de la recesión económica y su especial incidencia en los sectores de la llamada nueva economía, en las que las empresas de telecomunicaciones ocupaban posiciones de vanguardia, se manifestaron en la crisis bursátil. Las cotizaciones bursátiles se desplomaron, en algunos casos hasta perder todo su valor, numerosas estrellas antes rutilantes del universo internet se apagaron hasta desaparecer, la mayoría perdieron su crédito en los mercados de capitales y redujeron drásticamente el número de sus trabajadores. Los días de *vino y rosas* terminaron abruptamente. En marzo de 2001 el portal de Internet Yahoo había perdido el 88 por ciento de su valor en Bolsa. Entre enero de 2000 y enero de 2002 cerraron en Estados Unidos 762 *puntocom*. El estallido de la burbuja especulativa alimentada por las empresas *puntocom*, la recesión del año 2001 y las incertidumbres creadas a consecuencia de los atentados del 11 de septiembre en Estados Unidos han ralentizado el desarrollo de la sociedad de la información pero no lo han puesto en cuestión.

Los efectos de los atentados terroristas del 11 de septiembre pueden dar lugar al reforzamiento de ciertas tendencias presentes en la propia génesis de la sociedad de la información. El mayor peso que están alcanzando las cuestiones relacionadas con la seguridad pueden dar lugar al desarrollo de aquellas potencialidades de las nuevas tecnologías de la información más directamente vinculadas con los aspectos de control y seguridad, limitando aquellos otros aspectos más vinculados con el desarrollo de la libertad de las personas, a través de las potencialidades ofrecidas por las TIC. En cualquier caso, el binomio seguridad-libertad ha constituido en las sociedades una ecuación inestable cuyo equilibrio ha basculado hacia un lado u otro en función de las

distintas coyunturas históricas, en las que sociedades, grupos sociales e individuos valoraban de distinta manera las incertidumbres e inseguridades de sus respectivos presentes y de sus probables futuros, condicionando sus senderos recorridos. De una u otra forma, la sociedad de la información es una realidad incuestionable que configura nuestro presente y modula los futuros mediatos, sus perfiles precisos dependerán de las decisiones que los distintos actores y agentes sociales den a los retos de un presente en permanente movimiento.

### **Un cambio de siglo cargado de ambigüedad**

En el año 2000 la sociedad se encontraba caracterizada por una fuerte ambivalencia. De una parte los procesos de globalización tienden a la homogeneización de las costumbres y las identidades, sobre unos parámetros planetariamente comunes, donde el estilo de vida norteamericano ejerce de modelo; de otra, aparecen marcadas tendencias hacia la afirmación de las diferencias, mediante la construcción de identidades locales, bien territorialmente o de sistemas de creencias, en muchos casos con un señalado componente irracional.

Por otra parte, el desarrollo de la ciencia y sus aplicaciones tecnológicas durante el último tercio del siglo XX plantean nuevos retos a la humanidad. Particularmente en el ámbito de la biotecnología y la genética. Las nuevas técnicas de reproducción asistida, la manipulación genética de las especies, tanto vegetales como animales, las técnicas de clonación abren nuevas perspectivas para la solución de determinados problemas hasta entonces irresolubles en una multiplicidad de campos, desde la salud a la alimentación, pasando por la creación de nuevos materiales. Estos nuevos horizontes vienen acompañados de nuevos interrogantes sobre las posibles consecuencias de determinados avances para el equilibrio ecológico del planeta y para el futuro de la especie humana. La ética y los sistemas de valores tradicionales se muestran incapaces de ofrecer soluciones convincentes a los nuevos retos planteados, generando incertidumbres respecto de las decisiones y direcciones a adoptar ante las desconocidas consecuencias que para el futuro pueden tener determinadas acciones.

Se hace necesaria una nueva forma de pensar acorde con los nuevos tiempos y las nuevas realidades surgidas a lo largo del último tercio del siglo XX. Nueva forma de pensar que en estos años se ha ido abriendo camino en algunos ámbitos de la ciencia y el pensamiento. Los avances en el conocimiento de los sistemas inestables en la física, la biología, la ecología y la sociología han introducido el concepto de complejidad. La realidad física y biológica se ha revelado mucho más compleja de lo previsto por los presupuestos de la ciencia clásica. La presunción de que todos los fenómenos quedaban bajo el férreo control del principio de causalidad estricto, mediante leyes deterministas,

ha tenido que ceder el paso a la aceptación de la existencia de procesos irreversibles consecuencia de la flecha del tiempo, provocada por la entropía; a la existencia de procesos inestables, que regidos por la dinámica de fluctuaciones ofrecen desde condiciones iniciales comunes trayectorias divergentes y no previsible; a la existencia de procesos caóticos, regulados por leyes deterministas e indeterministas, nuevas perspectivas que han ocupado la atención de numerosos científicos y han permitido un mejor conocimiento del funcionamiento de la Naturaleza.

Una nueva racionalidad que desde el paradigma de la complejidad sea capaz de integrar de forma coherente y consistente azar y necesidad. Una nueva forma de enfrentarse al mundo, tanto natural como social, con la que Occidente sea capaz de construir un sistema de relaciones más equilibrado y respetuoso con otras civilizaciones y con el medio ambiente. Que contemple los problemas del presente y los retos del futuro desde la complejidad de las interacciones entre los procesos globales y los sistemas locales, tanto en el ecosistema como en las sociedades. Que sea capaz de combinar las tendencias hacia la homogeneidad con la pluralidad, en un equilibrio que parta de la asunción de que nos encontramos en un sólo mundo interdependiente pero a la vez diverso, cuyo futuro está condicionado por nuestras acciones y no por ningún tipo de teleología, secular o religiosa, donde las decisiones del presente dibujan los escenarios del futuro. Un presente responsable del legado que dejemos a las generaciones que nos sucedan.

### **Nuevos movimientos para una nueva sociedad. Una nueva forma de pensar y actuar**

Esta nueva sociedad, cuyas primeras manifestaciones venían desarrollándose a lo largo del último tercio del siglo XX, encontró correlato en las respuestas sociales, con la aparición y emergencia de lo que han dado en llamarse *nuevos movimientos sociales*. En contraposición a los movimientos sociales de la civilización industrial los *nuevos movimientos sociales* de la sociedad informacional se nutren de activistas y simpatías de todos los sectores de la estructura de las sociedades industrialmente avanzadas. Sus discursos, mensajes y demandas van dirigidas al conjunto de la sociedad y no a ningún grupo en particular en función de la posición que ocupa social y económicamente. Se caracterizan por el carácter global de sus reivindicaciones y, a la vez, por el carácter particular de los objetivos y propuestas. Actúan más en la dirección de provocar cambios globales en la escala de valores que de provocar alteraciones en las bases funcionales del sistema político. Los movimientos ecologistas y por la paz reclutan efectivos y simpatías de un arco difuso de la estructura social. El movimiento feminista obtiene apoyos sobre la base de la desigualdad de las mujeres como género, obteniendo apoyo de las mujeres independientemente de su posición en la estructura social.

El espacio del conflicto se desplaza desde el centro de trabajo –la fábrica– a los medios de comunicación y el papel de la calle se transforma radicalmente, de la conquista del espacio público simbolizado por la ocupación de la calle por las masas se ha pasado a la *escaparativización* de la protesta social. La calle se ha convertido en el escenario en el que representar la protesta para que sea acogida por los *mass-media*. Del *asalto al palacio de invierno* se ha pasado a la construcción de grandes decorados en los que escenificar la protesta social para su proyección audiovisual por las grandes cadenas de televisión, Seattle y Génova frente a la toma de la Bastilla y el asalto al Palacio de Invierno de Petrogrado. Los universitarios franceses así lo comprendieron en las calles del barrio latino durante el *mayo del 68*. Esta transformación de la protesta social está estrechamente vinculada al carácter global de las reivindicaciones, los ejemplos más emblemáticos de esta nueva dimensión global están representados por los problemas ecológicos, que no entienden de fronteras como se puso de manifiesto en el accidente de Chernobil, o en el ámbito de los valores socioculturales, que recorren todo el espacio de la representación desde la esfera personal a la global pasando por la estatal, caso de la problemática sacada a la luz por el movimiento feminista, y sistémica como el incipiente movimiento contra la deriva exclusivamente economicista y productivista de la globalización, cuyos escenarios rebasan los estrechos límites de los Estados-nación para insertarse en el ámbito planetario, por lo que para provocar transformaciones significativas deben combinar las dimensiones locales, estatales, regionales y globales de la protesta, aprovechando las transformaciones socioculturales asociadas al papel dominante de los *mass-media*.

Los nuevos movimientos sociales representan una crítica ilustrada y universalista de la modernidad, tal como se ha configurado en la civilización occidental a lo largo de los siglos XIX y XX, articulada en torno a la ideología del Progreso, asociada a los procesos de racionalización técnica, económica, política y cultural. Generan nuevas cosmovisiones que tratan de superar, sin renunciar a algunos de los valores centrales de la tradición liberal, que polarizó el conflicto sociopolítico de los siglos XVIII y XIX, y del movimiento obrero, que paulatinamente hegemonizó el conflicto social entre 1871 y 1945. Esbozando un nuevo esquema de racionalidad que pretende superar los efectos perversos de los procesos de modernización, asumiendo los mensajes emancipatorios y liberadores de las tradiciones liberal –libertad y derechos humanos– y socialista –igualdad y solidaridad– en un nuevo contexto universalista que comprende al conjunto de la humanidad –de ahí el hincapié en la eliminación de las desigualdades Norte-Sur, la demanda de un nuevo orden económico internacional–, a las relaciones entre la humanidad y el planeta –respeto del medio ambiente, políticas ecológicas, anticonsumismo, solidaridad intergeneracional– y de relación entre hombres y mujeres –igualdad jurídica y de oportunidades, control de la natalidad y derecho a la libre realización personal– mediante los nuevos valores incorporados por el feminismo, el ecologismo y el pacifismo.

## Una nueva forma de entender la solidaridad internacional

En este contexto de profundos cambios acaecidos tras la caída del muro de Berlín un nuevo movimiento de solidaridad internacional surgió con fuerza, el movimiento de las ONGs. En los años cincuenta y sesenta la solidaridad con los países del Tercer Mundo se articuló a través de la movilización política de la izquierda. Era el momento en el que las antiguas colonias estaban accediendo a la independencia política. Sucesos como la guerra de Argelia, la revolución cubana o la guerra del Vietnam generaron importantes movilizaciones y unos estados de opinión en favor de lo que se denominó *el tercermundismo*.

En los decenios de los años setenta y ochenta esta solidaridad política fue erosionándose. En primer lugar, porque el mensaje fundamentalmente antinorteamericano que los caracterizaba se demostraba fuertemente unilateral. La Unión Soviética demostraba comportamientos similares en sus zonas de influencia, el aplastamiento de la *primavera de Praga* en 1968 marcó un punto de no retorno. Fue especialmente significativa la guerra de Afganistán o el caso de Etiopía. La República Popular China no fue una excepción. En segundo lugar, los movimientos revolucionarios que se hicieron con el poder en este periodo defraudaron las expectativas de emancipación y liberación que proclamaban. Se instalaron regímenes autoritarios o que reproducían el modelo económico y político de los desacreditados países del *socialismo real*.

La crisis de la solidaridad política no significó el fin de los movimientos de solidaridad. Ocuparon su lugar de forma progresiva las *Organizaciones No Gubernamentales* –ONG–. Coincidiendo con el fin de la guerra fría y el desmoronamiento de los regímenes de *socialismo real*, surgió una nueva conciencia de la globalidad de los problemas de la humanidad. A la par se demostró el fracaso de las políticas de desarrollo impulsadas por los países occidentales en el Tercer Mundo. El hambre, la pobreza, las epidemias, el analfabetismo, la desigualdad de la mujer lejos de solucionarse se vieron agravados por la explosión demográfica. En amplios sectores de la opinión pública de los países desarrollados resultaba insoportable aceptar que el 20 por ciento de la población mundial disfrutara de más del 80 por ciento de la renta mundial. Frente al egoísmo de las *sociedades del despilfarro* emergió una nueva conciencia solidaria: el movimiento de las ONG.

Las primeras Organizaciones No Gubernamentales que introdujeron los nuevos presupuestos surgieron en el decenio de los años sesenta. En primer lugar Amnistía Internacional, nació en 1961 en Londres como una organización dedicada a la defensa de los Derechos Humanos. Su insobornable independencia hizo que su credibilidad en la opinión pública internacional fuera creciendo con el tiempo y sus campañas alcanzasen mayor repercusión en los medios de comunicación y capacidad de movilización de la sociedad civil, incrementando la presión sobre los Gobiernos. En 1969 se

constituyó la organización ecologista *Amigos de la Tierra* y en 1971 se fundó *Greenpeace*, una organización que comprendió desde su origen la nueva realidad de la emergente sociedad mediática, organizando sus acciones desde la premisa de la espectacularidad con el fin de atraer la atención de los *mass media* y desde allí proyectar su influencia a la opinión pública internacional, hasta constituirse en una auténtica *transnacional verde*. En 1971 se creó la ONG Médicos sin Fronteras en Francia, una organización dedicada a la ayuda humanitaria, que además de actuar en las zonas de emergencia se convirtió en una poderosa organización de denuncia de las responsabilidades de los Gobiernos y de la comunidad internacional en la gestación de las grandes catástrofes del último tercio del siglo XX o por su pasividad ante las mismas, siendo una de las principales impulsoras de la introducción del concepto de injerencia humanitaria en el sistema internacional a finales del siglo XX. En 1976 se creó en Canadá la otra gran ONG dedicada al tema de los Derechos Humanos, junto con Amnistía Internacional, *Human Rights Watch*, que ha hecho un uso intensivo de las posibilidades abiertas por Internet.

Derecho de injerencia humanitaria que en la segunda mitad de los años noventa encontró su traducción en las exigencias del establecimiento de un tribunal de justicia internacional encargado de velar por el respeto de los derechos humanos y de perseguir los crímenes de guerra y contra la humanidad. Evolución del derecho internacional que se tradujo en la creciente adhesión de las naciones al *Convenio contra la Tortura* auspiciado en 1984 por la ONU, en la firma del Tratado para la eliminación de las minas personales de 1997, la creación de los Tribunales Internacionales para juzgar los crímenes contra la humanidad en Ruanda, Bosnia y Kosovo, o en la causa contra los crímenes cometidos por las dictaduras militares de Chile y Argentina impulsadas por el juez de la Audiencia Nacional de España Baltasar Garzón. Un cambio que encontró su reflejo en el acuerdo de julio de 1998 en Roma de impulsar la creación de un Tribunal Penal Internacional, encargado de velar por el respeto de la Declaración Universal de los Derechos Humanos y perseguir los crímenes contra la humanidad, al finalizar el año 2000 139 Estados lo habían suscrito. En marzo de 2003 finalmente se constituyó en La Haya la Corte Penal Internacional, con la toma de posesión de los 18 jueces del Tribunal.

Un movimiento constituido por cientos de ONGs, con decenas de miles de socios —con aportaciones regulares de dinero— y que en las grandes campañas de solidaridad movilizaba la conciencia y la colaboración de cientos de miles de personas, se ha consolidado y se ha convertido en una de las más relevantes expresiones de la nueva sociedad civil de la era informacional. La influencia social y el protagonismo alcanzado por las ONGs a la hora de sensibilizar y movilizar a la opinión pública mundial fue reconocido con la concesión de los Premios Nobel de la Paz de 1977 a *Amnistía Internacional*, de 1997 a la *Campaña Internacional para la Prohibición de las minas terrestres* (*International*

*Campaign Ban Landmines*, ICBL), y de 1999 a *Médicos sin Fronteras*, algunas de las grandes ONGs internacionales con mayor proyección e influencia.

Los principios antiautoritarios y antijerárquicos que informaron a los nuevos movimientos sociales surgidos en los alrededores de los *mayos del 68*, han encontrado en Internet un instrumento enormemente eficaz para expandir su radio de acción y propagar sus presupuestos, así como la posibilidad de organizar redes alternativas de creación y circulación de la información, tan cercano o tan lejano esta en Internet *el país digital* como pueda estarlo *indymedia*, los dos están a un click de ratón, lo mismo ocurre con *Associated Press* o con el *equipo nizkor*. Internet pues no es sólo el espacio simbólico de la *nueva economía* sino también el instrumento para expandir las nuevas formas de acción social y desarrollar otras actualmente apenas apuntadas por los *nuevos movimientos sociales* de la *sociedad informacional*, situación que no ha pasado desapercibida para la extensa y túpida red de Organizaciones No Gubernamentales y para las instituciones defensoras de los Derechos Humanos.

La nueva sociedad informacional y los nuevos retos que plantea la tecnociencia, con particular incidencia sobre el ecosistema global y la manipulación genética, introducen un nuevo horizonte en la definición de los Derechos Humanos, que demanda por una parte la generalización y consolidación a escala planetaria de los derechos de primera generación, vinculados a la Declaración Universal de los Derechos del Hombre de la Revolución Francesa, y de segunda generación, recogidos en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que conviertan su reconocimiento formal en realidad efectiva para amplias zonas del planeta, con la introducción de los derechos de tercera generación, que extienda su alcance a las generaciones futuras, en la medida que las actuaciones de la humanidad consecuencia del desarrollo tecnocientífico pueden afectar al ecosistema global y mediatizar las condiciones de habitabilidad del planeta, a través de la imposición del principio del desarrollo sostenible y la preservación del equilibrio ecológico, evitando que el productivismo tecnocientífico continúe imponiendo su lógica más destructiva e irresponsable para el futuro del planeta y de la especie humana.

El debate sobre la globalización encontró su plasmación práctica en la celebración simultánea del Foro Económico Mundial de Davos y del Foro Social Mundial de Porto Alegre en enero de 2001, uno celebrado en el hemisferio Norte en la rica, limpia y opulenta Suiza y otro en el hemisferio Sur, en el bullicioso, mestizo y contradictorio Brasil. El debate mantenido a través de Internet entre ambos foros fue una demostración no sólo de dos formas de concebir la globalización, sino también, y más importante aún, de la emergencia de una nueva conciencia social a escala global, en la que se hayan implicadas y han sido protagonistas en su gestación miles de ONGs y movimientos sociales del Norte y del Sur, que ha comenzado a cuestionar la versión productivista marcadamente unilateral de la globalización dominante en el decenio de los noventa.

## El desazonante comienzo de siglo

El nacimiento del nuevo siglo coincidió con el cuestionado triunfo en las presidenciales de los Estados Unidos de George W. Bush en noviembre de 2000. Sus primeros meses, marcados por los dudosos resultados electorales, fueron titubeantes y todo parecía anunciar una presidencia débil en la que el programa político y económico republicano encontraría serias dificultades para imponerse. Sin embargo, los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 todo lo cambiaron. Bush jr. encontró un sentido a su presidencia y el sector ultraconservador que se había hecho con el control del Pentágono, a través de las figuras del vicepresidente Dick Cheney y del Secretario de Defensa Donald Rumsfeld, vio en el 11 de septiembre la oportunidad de oro para llevar a la práctica su concepción estratégica de Estados Unidos y su papel en el nuevo mundo surgido tras el derrumbe de la Unión Soviética, que habían venido teorizando en distintos Institutos y Fundaciones desde el inicio del decenio de los noventa. Figuras como Paul Wolfowitz y Richard Perle, vinculadas a Rumsfeld, o la influyente Consejera de Seguridad Nacional, Condoleezza Rice, elaboraron la nueva Estrategia de Seguridad Nacional de los EE. UU. presentada por el presidente Bush al Congreso de los Estados Unidos en septiembre de 2002, donde sancionaba el nuevo papel de los EE.UU. como hiperpotencia mundial en un nuevo mundo marcado por la emergencia de un nuevo enemigo global, el terrorismo islamista de Al Qaeda. La nueva doctrina rompía con los presupuestos de carácter más multilateralista de la anterior Estrategia de Seguridad Nacional aprobada en diciembre de 1999 durante la presidencia de Clinton, expresados en la obra de Joseph Nye *la paradoja del poder norteamericano*, frente a dicha concepción se impusieron en la nueva Administración Bush las tesis unilateralistas sintetizadas por Robert Kagan en *poder y debilidad*.

Las posiciones unilateralistas de la Administración Bush se habían dejado sentir antes de los atentados del 11 de septiembre, la retirada de la firma del Tratado para la creación del Tribunal Penal Internacional, realizado por Clinton durante los últimos días de su mandato, y el rechazo por parte de los EE. UU. del Protocolo de Kioto para reducir las emisiones causantes del calentamiento del planeta fueron dos de sus manifestaciones más expresivas. La conmoción provocada por los atentados del 11 de septiembre de 2001 en la sociedad norteamericana despejaron el camino a los sectores más ultraconservadores presentes en la Administración Bush, la coalición internacional forjada tras los mismos para hacer frente a la amenaza del terrorismo global, materializada en el apoyo a la intervención en Afganistán para acabar con el régimen talibán y su apoyo a Al Qaeda, encubrió los cambios que en el diseño estratégico de los EE. UU. se estaban produciendo, éstos comenzaron a quedar explícitos en el discurso de enero de 2002 sobre el estado de la Unión donde el presidente Bush presentó ante las dos



Cámaras de representantes su doctrina sobre el *eje del mal*, situando en el punto de mira a Irak, Irán y Corea del Norte.

Los planes de una guerra con Irak, que desde el fin de la guerra del Golfo de 1991 habían sido defendidos por sectores de la ultraderecha republicana, cobraron carta de naturaleza, y la obra inacabada de Bush padre se situó en el primer asunto de la agenda del Pentágono. La aprobación de la Estrategia de Seguridad Nacional en septiembre de 2002 no hicieron sino ratificar el viraje unilateralista de la política exterior norteamericana, con la acuñación de la guerra preventiva como clave de bóveda de la nueva concepción estratégica de los Estados Unidos. Irak sería la primera materialización de la misma, independientemente de la opinión de la comunidad internacional representada por la ONU. La evolución de los acontecimientos posteriores así lo pondría de manifiesto. La vuelta de los inspectores de Naciones Unidas tras la aprobación de la resolución 1441 el 8 de noviembre de 2002 y los progresos de éstos en el desarme de Irak no fueron suficientes para impedir el desencadenamiento del ataque militar al margen de la legalidad internacional representada por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, el 20 de marzo de 2003, con el exclusivo apoyo de los Gobiernos de Gran Bretaña, España y Bulgaria presentes en el Consejo de Seguridad. La guerra de Irak decidida de antemano por los EE. UU. provocó serias fisuras en la ONU, la OTAN y en la UE. La política unilateralista de la hiperpotencia norteamericana se hacía así explícita.

## **El movimiento antiglobalización**

Las respuestas resistencialistas frente a la denominada globalización surgidas en el decenio de los noventa del siglo XX se articularon sobre los nuevos presupuestos de la protesta social en la sociedad informacional. Los boicots de la Cumbre de la Organización Mundial del Comercio (OMC) de Seattle (EE.UU.) en noviembre de 1999 y de las reuniones del Fondo Monetario Internacional (FMI) y Banco Mundial de Praga en noviembre de 2000, aglutinaron a una amplia y heterogénea coalición de ONGs, movimientos sociales y sindicales en contra de los efectos perversos de la globalización. Fueron la carta de presentación pública del mal llamado movimiento antiglobalización. Su pluralidad, diversidad y flexibilidad organizativa, siguiendo los parámetros del movimiento pacifista de los años ochenta, representado por la Campaña por el Desarme Nuclear, e incorporando intensivamente las nuevas oportunidades ofrecidas por la nueva sociedad informacional, particularmente el uso de Internet, como canal de comunicación y organización de las protestas y de difusión de los más diversos contenidos reivindicativos y programáticos, lejos de ser una muestra de su debilidad fue una expresión de su potencialidad reivindicativa y movilizadora.

Su heterogénea complejidad contribuyó en un lapso de tiempo reducidísimo, acorde con la aceleración vertiginosa del tiempo de la sociedad informacional, a cristalizar una nueva conciencia global a favor de una globalización social alternativa a la defendida por las grandes corporaciones, las grandes instituciones financieras y los Gobiernos de las grandes potencias, bajo el efectivo eslogan de *otro mundo es posible*. Encontró en la ciudad brasileña de Porto Alegre, gobernada por el Partido de los Trabajadores brasileño, bajo la fórmula de la democracia participativa, un punto de referencia global, que se saldó con la constitución del Foro Social Mundial –FSM–, conocido popularmente como Foro de Porto Alegre, reunido por primera vez entre el 25 y 30 de enero de 2001, con el objetivo declarado de oponerse a la globalización patrocinada por el Foro Económico Mundial de Davos, fundado en bajo los parámetros del pensamiento neoliberal. Su repercusión mediática global fue inmediata, tras el impacto que las manifestaciones de Seattle y Praga habían tenido.

Un nuevo actor social global emergió con fuerza de esos cinco días que despertaron al mundo. Llovía sobre mojado, pues desde los años setenta, generalmente de una forma soterrada, había ido emergiendo una nueva agenda política y social que no había ocupado la atención de los mass-media, pero que era el reflejo de una nueva sensibilidad política que el movimiento por la paz de los ochenta y el movimiento de las ONGs de los noventa estaba apuntando. La caída del muro de Berlín en 1989 lejos de dificultar dicha nueva agenda social y política la liberó de las ataduras impuestas por el corsé ideológico de la guerra fría. Los debates sobre un nuevo orden internacional, las diferencias Norte-Sur, los problemas medioambientales, las desigualdades de género... fueron adquiriendo un creciente protagonismo, sobre todo entre las opiniones públicas de las sociedades opulentas. Las conferencias patrocinadas por el sistema de Naciones Unidas fueron, a pesar de sus escasos resultados prácticos, un escaparate y una oportunidad para fijar los nuevos temas y demandas de una sociedad global en trance de consolidación, las Cumbres de Río en 1992, de Pekín de 1999 o de Johannesburgo de 2001, la firma del Protocolo de Kioto, el tratado internacional contra las minas anti-personas, los tribunales penales internacionales sobre Ruanda y la ex Yugoslavia y la creación de la Corte Penal Internacional en marzo de 2003 fueron hitos de esa nueva agenda política y social. Algo estaba cambiando aunque fuera de manera soterrada en los años donde el pensamiento neoliberal parecía enseñorearse sobre la política y la economía mundiales.

Si inicialmente el Foro Social Mundial de enero de 2001 fue acogido con una cierta displicencia por los *amos del universo* reunidos en Davos, pronto tuvieron que cambiar de parecer. Una imagen quedó acuñada en la sociedad mediática global Davos frente a Porto Alegre, que pronto cambió el orden de los factores Porto Alegre versus Davos. Las manifestaciones contra la III Cumbre de las Américas celebrada en Québec en abril de 2001, contra la cumbre europea organizada por el Foro de Davos en Salzburgo –Austria–

y contra la Cumbre de la UE en Gotemburgo y contra la Cumbre del G-8 en Génova en julio de 2001, donde los incidentes protagonizados por los sectores más extremistas del movimiento antiglobalización acabaron en Génova con la muerte del joven italiano Carlo Giuliani a manos de la policía italiana, no lograron desvirtuar ni hacer desaparecer el nuevo movimiento social global que había tomado carta de naturaleza en las protestas de Seattle de noviembre de 1999, a pesar de los intentos de criminalización llevados a su paroxismo por el Gobierno italiano de Berlusconi. Las protestas de Génova condujeron a seria reflexión y llamada de atención por parte de la inmensa mayoría de las organizaciones componentes del movimiento antiglobalización contra el uso de la violencia para expresar el rechazo a las políticas económicas y sociales representadas por las grandes corporaciones e instituciones internacionales de la globalización neoliberal. La abortada Cumbre de Barcelona del Banco Mundial ante las movilizaciones anunciadas por el Foro Social de Barcelona reflejó con sus movilizaciones masivas y el carácter pacífico de las mismas su permanencia y potencialidad. La reunión del Foro Social en Florencia en noviembre de 2002 así lo confirmó, miles de personas participaron en sus debates y cientos de miles participaron en las manifestaciones convocadas. Un nuevo actor social global había irrumpido con fuerza en el escenario de la sociedad global.

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 introdujeron, por el impacto global que tuvieron y la reacción del Gobierno norteamericano, algunas dudas en los medios de comunicación internacionales sobre la continuidad y capacidad de influencia del movimiento por otra globalización. La nueva agenda mundial centrada en el combate del terrorismo global de Al Qaeda parecía condenar a la marginalidad, según estos analistas, a lo representado por Porto Alegre. Los hechos pronto lo desmintieron. La política unilateralista de la Administración Bush materializada en la decisión de atacar Irak al margen de la opinión de la ONU dio lugar a la convocatoria por el Foro Social Mundial de una jornada global contra la guerra, que recorrió las calles del planeta el 15 de febrero de 2003, en la que millones de personas mostraron su rechazo a una guerra que consideraban injustificada para hacer frente a la debilitada dictadura de Sadam Husein. Las movilizaciones fueron de tal envergadura, sobre todo en Europa y en Australia, con particular incidencia en los países que impulsaban o apoyaban la estrategia bélica de los EE. UU. –Gran Bretaña, España, Australia e Italia– que el *New York Times* escribió que con ellas había nacido una nueva superpotencia mundial frente a la hiperpotencia estadounidense, la opinión pública mundial.

### **Las consecuencias de la guerra de Irak**

Las tesis unilateralistas de la Administración Bush puestas en práctica con la ilegal e ilegítima invasión de Irak, expresadas con meridiana claridad por Robert Kagan,

diseñan un escenario mundial en el que la hiperpotencia estadounidense sitúa sus intereses particulares por encima de la legalidad internacional. Ese nuevo escenario marcado por el intervencionismo militar unilateral de los EE.UU. presenta un futuro inmediato preñado de incertidumbres, donde la estabilidad mundial basada en los principios del derecho y de la legalidad internacional queda seriamente amenazado. En este nuevo contexto amenazador los distintos actores de la escena internacional se enfrentan al dilema de plegarse sumisamente a los designios de la hiperpotencia o tratar de levantar barreras frente a la coalición ultraconservadora de la Administración Bush, con el fin de preservar el multilateralismo y los avances registrados, no sin contradicciones y dificultades, en el respeto a los principios del derecho y la legalidad internacional representados por el sistema de Naciones Unidas, a pesar de sus imperfecciones, durante el decenio final del siglo XX.

La política unilateral de los EE. UU. condujo a la dilapidación, en un reducidísimo lapso de tiempo, de la solidaridad mundial con la sociedad norteamericana manifestada tras los atentados del 11 de septiembre, a raíz de la guerra preventiva desatada contra Irak, que contó con la oposición de la mayoría de la comunidad internacional y de la opinión pública mundial a diferencia de lo que había sucedido respecto de la intervención militar en Afganistán.

La guerra de Irak a diferencia de lo ocurrido en la guerra del Golfo de 1991 contó en el plano informativo con una pluralidad de fuentes informativas que reflejaron los horrores de la guerra con el consiguiente malestar del Pentágono. Si la guerra del Golfo había encumbrado a la CNN, convertida en el símbolo de la globalización informativa, la guerra de Irak, con Al Yazira e Internet como abanderados, reflejó que en la sociedad informacional las fuentes de información se habían globalizado sobre la base de los parámetros de la sociedad red. Particularmente relevante fue el fenómeno de la cadena Al Yazira, que desde la invasión de Afganistán, tras los atentados del 11 de septiembre, se convirtió en punto de referencia para la opinión pública árabe e islámica. Al unilateralismo militar de los EE. UU. se le enfrentó el multilateralismo informativo de la sociedad informacional. La invasión militar de Irak se saldó con un incontestable triunfo de la maquinaria bélica norteamericana, pero en la batalla por la información y la opinión pública mundial el resultado fue mucho más incierto.

La gestión de la posguerra iraquí será una prueba de fuego en dicha encrucijada. Si terminan por imponerse las tesis de los halcones del Pentágono dirigidos por Donald Rumsfeld, la inestabilidad internacional y la inseguridad mundial se adueñaran del planeta en el futuro próximo, poniendo en grave riesgo la paz mundial. Los daños colaterales de la guerra de Irak ya fueron considerables con su desencadenamiento. El establecimiento de un protectorado militar norteamericano en Irak puede conducir a medio plazo a un incremento de la desestabilización de la inestable, estratégica y

explosiva región de Oriente Próximo, las amenazas vertidas durante la guerra a Siria e Irán no auguraban nada bueno. Tras el triunfo militar la elevación del tono de las amenazas sobre Siria sembraron la alarma respecto de las intenciones inmediatas de la Administración Bush y sobre el alcance y significado del concepto de guerra preventiva introducido en los discursos del presidente Bush tras los atentados del 11 de septiembre.

La reordenación geoestratégica de Oriente Próximo pretendida por la Administración Bush encuentra en el interminable conflicto israelo-palestino la clave de bóveda del mismo, de no encontrarse una solución satisfactoria, que sólo puede pasar por el establecimiento de un Estado palestino viable sobre la base de las fronteras de 1967 y la consecuente retirada de los territorios ocupados por parte de Israel, el polvorín de Oriente Próximo se alimentará con la gasolina iraquí. El dilema entre el rencor y la frustración que nutre las filas del terrorismo islámico y la democratización de los países árabes podría terminar inclinándose, una vez más, a favor del primero sobre la segunda, de continuar supurando la herida palestina, agravada por la posguerra de Irak, donde puede acabar dándose la paradoja de que la caída de Sadam abra las puertas a un régimen de carácter islamista o a la libanización de Irak.

En este preocupante contexto los distintos actores internacionales se enfrentan al dilema de plegarse a las tesis unilateralistas de la Administración Bush, que puede acabar derivando en una versión inesperada del choque de civilizaciones, convertido en profecía autocumplida de un choque de fundamentalismos en el que colisionaran el fundamentalismo islámico representado por el terrorismo de Al Qaeda y el fundamentalismo de los cristianos renacidos norteamericanos, con efectos devastadores sobre el orden mundial. Frente a dicha amenaza la opción multilateralista basada en la defensa de la legalidad internacional y la defensa del derecho internacional, representada por el sistema de Naciones Unidas, sólo podrá afirmarse mediante una múltiple, plural y, a veces, contradictoria alianza entre la opinión pública mundial, los importantes sectores de la sociedad civil y política norteamericana contrarios a las posiciones ultraconservadoras representadas en la Administración Bush, la comunidad internacional y los distintos Estados alarmados por las consecuencias del pensamiento y la acción de los ultraconservadores estadounidenses.

Que el futuro próximo se decante por la opción unilateralista o multilateralista, por el mundo hobbesiano de la guerra permanente y del poder absoluto del nuevo Leviathan o por el kantiano del derecho y de un cosmopolitismo mundial, que haga posible la paz perpetua sobre la base de los principios de la justicia y la moral civil, que conduzca a un tercer tratado sobre el gobierno civil de inspiración lockeana para la sociedad global, dependerá de la acción o dejación de los actores implicados. El dilema en juego está situado entre Barbarie y Civilización, entre la sinrazón de la fuerza y la fuerza de la razón.

## Bibliografía

- ALBIÑANA, A. (ed.)  
1999 *Geopolítica del caos. Le Monde diplomatique, edición española*, Barcelona, Debate.
- BARLEY, G. O. (dir.)  
1982 *El mundo en el año 2000. En los albores del siglo XXI. Informe técnico*, Tecnos, Madrid.
- BECK, U.  
1998 *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Barcelona, Paidós.
- BOTANSKI, L. y CHIAPPELLO, E.  
2002 *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal.
- CASTELLS, M.  
2001 *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, 3 vols, Madrid, Alianza, 1997-98. Del primer volumen existe una nueva edición ampliada *La sociedad red*, Madrid, Alianza, 2000, también del tercer volumen *fin de milenio*.
- COMISIÓN MUNDIAL DEL MEDIO AMBIENTE Y DEL DESARROLLO  
1989 *Nuestro futuro común*, Alianza, Madrid.
- CONSEJO DE LA CALIDAD AMBIENTAL y DEPARTAMENTO DE ESTADO DE LOS ESTADOS UNIDO  
1984 *Futuro global. Tiempo de actuar. Informe, Siglo XXI*, Madrid.
- CORCUERA ATIENZA, J.; RIPALDA, J. M. y FONTANA, J.  
1999 *Los nacionalismos: globalización y crisis del estado-nación*, Madrid, Consejo General del Poder Judicial.
- DALTON, R. J. y KUECHLER, M. (comp.)  
1992 *Los nuevos movimientos sociales*, Valencia, Ed. Alfons el Magnànim.
- DE LA DEHESA ROMERO, G.  
2000 *Comprender la globalización*, Madrid, alianza.
- DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, L. y OTERO CARVAJAL, L. E.  
2001 *Los desafíos de la globalización*, Arlanza Ediciones.
- DÍAZ-SALAZAR, R.  
2002 *Justicia global. Las alternativas de los movimientos del Foro de Porto Alegre*, Madrid, Icaria/Intermón-Oxfam.
- ESTEFANÍA, J.  
1996 *La nueva economía: la globalización*, Madrid, Debate.
- FARIÑAS DULCE, M. J.  
2000 *Globalización, ciudadanía y derechos humanos*, Dykinson.
- GIDDENS, A..  
2000 *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Madrid, Taurus.

- INGLEHART, R.  
1991 *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, Madrid, CIS-Siglo XXI.
- KAGAN, R.  
2003 *Poder y debilidad. Europa y Estados Unidos en el nuevo orden mundial*, Madrid, Taurus.
- MEADOWS, D. H. y MEADOWS, D. L.  
1973 *Los límites del crecimiento*, FCE, México.
- MEADOWS, D. H.; MEADOWS, D. L. y RANDERS, J.  
1992 *Más allá de los límites del crecimiento*, El país-Aguilar, Madrid.
- MUÑOZ MACHADO, S.  
2000 *La regulación de la red. Poder y derecho en Internet*, Madrid, Taurus.
- NAVARRO LÓPEZ, V.  
2000 *Globalización económica, poder político y Estado del bienestar*, Barcelona, Ariel.
- NYE Jr., J. S.  
2003 *La paradoja del poder norteamericano*, Madrid, Taurus.
- OTERO CARVAJAL, L. E.  
*Las revoluciones científicas*, Madrid, Cuadernos del Mundo Actual, n.º 4, Historia 16, 1993.
- OTERO CARVAJAL, L. E.  
1994 *Verdes y alternativos*, Madrid, Cuadernos del Mundo Actual, n.º 75, Historia 16.
- OTERO CARVAJAL, L. E.  
2001 «Hacia una nueva era. Globalización y sociedad informacional», en Julio ARÓSTEGUI (dir.): *Historia del Mundo Moderno*, Volumen 3. Editorial Océano, Barcelona, págs. 326-388.
- REICHMANN, J. y FERNÁNDEZ BUEY, F.  
1994 *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*, Paidós, Barcelona.
- STIGLITZ, J. E.  
2002 *El malestar de la globalización*, Madrid, Taurus.
- TERCEIRO, J.B.  
1996 *La sociedad digital*, Madrid, Alianza.

15 de mayo de 2003

